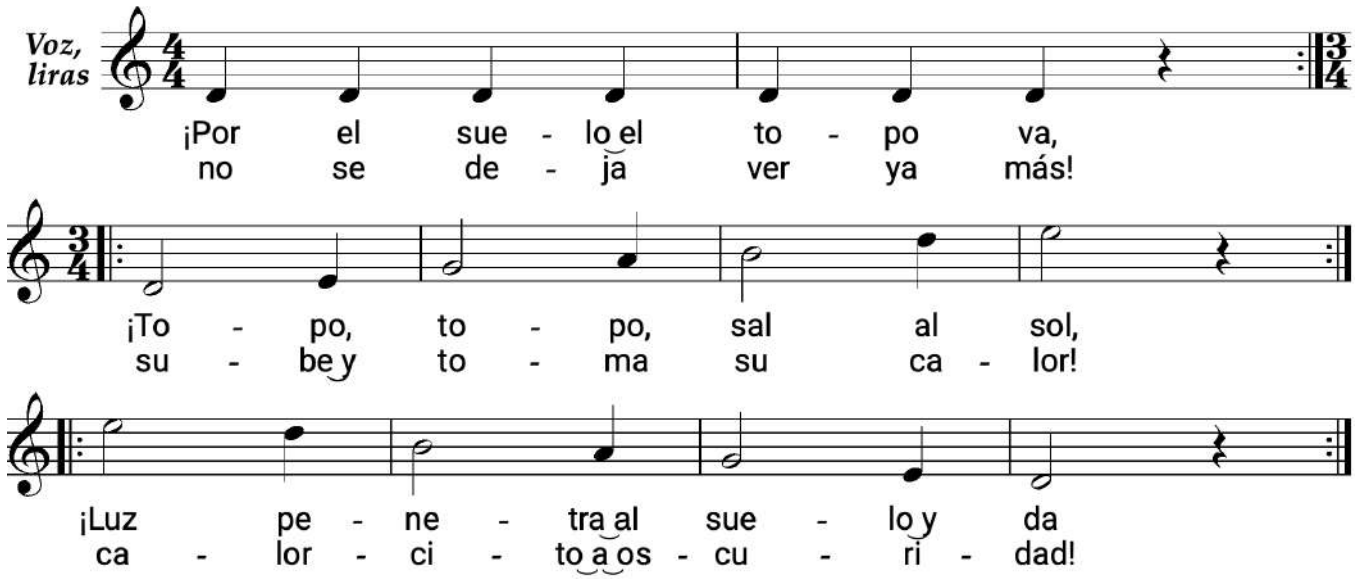
CUENTOS DE ANIMALES

2º, 3º

El petirrojo y el topo ♫	Jacob Streit
La luciérnaga y el sapo	"
El grillo y la mariposa ♫	"
El despertar de la marmota	"
La ardilla y el sapo ♫	"
La liebre y la laucha ♫	"
El hámster y el gusano	"
El sapo inteligente ♫	"
El venado y el zorro	"
La lagartija y el caracol ♫	"
Mosquita y lombriz	"
El búho y el murciélago ♫	"
La mariposa ♫	"
El topo, la langosta y el gusano	"
El caballito de mar	Frans van Anrooy
Pienso para mi buey	Isabel Wyatt
El hermano buey y el hermano asno	Isabel Wyatt

"Cuenta un cuento o una historia y, en los días siguientes, haz que los Niños lo lleven a su consciencia al hablar y tratar sobre aquello. Si ahora, a esto que han rememorado, tratado y "hecho suyo", le añadimos una sencilla melodía o una pequeña interpretación, recitación, etc., ésta será cantada, recitada o sentida por los Niños con tal entusiasmo y dedicación que les penetrará hasta el corazón, lo mismo que dicho cuento o historia. Esto sucede también cuando enseñamos algo abstracto a través de la música o, en general, a través del arte" V.G.S.

EL PETIRROJO Y EL TOPO

Jacob Streit

https://ideaswaldorf.com/topo-topo/

El topo cava profundos túneles debajo de la tierra. Sus pies como palas, rápidamente rascan, removiendo la tierra. Su puntiaguda nariz está siempre extirpando gusanos escarabajos que viven en las profundidades del suelo. ¡Es difícil imaginar lo que puede comer un topo! ¡Los numerosos túneles que excava bajo prados y lechos de flores son trampas para los gusanos! Muchos de estos gusanos piensan, al caer en un túnel, que por fin han encontrado un camino ancho, espacioso, por el que pueden fácilmente arrastrarse. Pobrecillos, la realidad es otra; el topo se acerca buscando su presa por los corredores!

En otoño abarrota sus cuevas con gusanos e insectos, tal como la ardilla guarda sus nueces. No le gusta dormir todo el invierno, pues mientras duerme, no se alimenta con gusanos!
Para que estos animalitos no se le escapen, el Topo les quita la cabeza de un mordisco. Si el Topo cava un nuevo túnel, y así forma empuja la tierra hacia arriba, con fuerza, pequeños montículos llamados "*montículos de topos*".

Una vez, mientras un Topo estaba ocupado en cavar su túnel, un Petirrojo posado sobre la rama de un árbol cantaba su canción matutina. Era poco antes de la aurora. De pronto se detuvo en medio de un bello trino, mirando asombrado hacia la tierra. Vio que la tierra se movía, que algo subía, queriendo salir al aire libre.

"Qué podrá ser", pensó.
"¿Qué quiere salir del gran-huevo-de-la-tierra?"

Días antes, el Petirrojo había visto a sus polluelos salir del cascarón y, naturalmente,
supuso que algo similar estaba ocurriendo. La tierra dejó de moverse, nuestro Petirrojo sin bajar de su rama, reanudó su canto. No había terminado sus complicados trinos cuando la tierra empezó a moverse otra vez.

"Alguien quiere salir", pensó el pajarillo; y voló hacia el suelo para ayudar a ese extraño ser a salir de su supuesto cascarón. Rascó con sus patitas, picoteó la tierra.

"¿Cómo será ese pájaro?", se preguntaba.
"Quizá tenga el pecho amarillo como yo".
Con entusiasmo removía la tierra; la misma que el Topo empujaba desde abajo. El Topo había decidido salir a tomar un poco de aire puro antes de continuar sus excavaciones. Con un fuerte empujón sacó el Topo su hociquito; al lograr hacer esto, aventó la tierra de tal manera que casi cubre al Petirrojo, que se apartó asustado, sin creer lo que veían sus ojos: una bola de piel negra que respiraba agitadamente!

Al fin, el Petirrojo se atrevió a hablar.

"Eres un pájaro de la tierra?, preguntó. "Creí que tratabas de salir del cascarón y quería ayudarte, incluso traerte algo para comer"

Al oír la voz del Petirrojo, el topo hizo un esfuerzo para abrir sus ojillos. Al ver al Petirrojo gruñó:

"Tú tienes dos ojos muy grandes, sin duda podrás verme y saber quién soy!"…
"Estas son mis patas, en forma de palas, y ésta es mi nariz puntiaguda!"
Atemorizado el Petirrojo, observó a la extraña criatura y le dijo:
"Yo creía que los pájaros salían del cascarón y tenían alas!

El topo gruñó:

-"¡Huevos! ¡Alas! ¡Pájaros! Eso no me concierne. Yo sólo sé lo que es Gusano, Insecto! De todos los Topos del bosque soy sin duda el más glotón. No tengo tiempo de charlar sobre pájaros; vete ahora y déjame trabajar en paz".

El Topo dijo estas palabras levantando su naricilla y cerrando fuertemente sus ojitos. El Petirrojo se dio cuenta de cuán insólito era el pájaro que había empollado. El pajarito agitó sus alas y se rió.

-"¡Ah! eres un excavador que piensa que los gusanos son lo mejor del mundo".

-"Eso es exactamente lo que pienso", repuso el Topo ofendido por el tono burlón del Petirrojo.

El pajarillo dejó de reír y dijo:

-"Por tener la mala costumbre de husmear todo lo que te rodea, tienes esa nariz tan larga. Tus ojos no ven por la oscuridad en puedes que vives.

-"¿Acaso puedes tú ver la estrella de la mañana surgiendo sobre las pálidas montañas? ¿O admirar las gotas de rocío sobre las flores y hierbas en espera de los primeros rayos de sol que la hará brillar?"

El Topo inclinó la cabeza tímidamente y trató de dirigir su mirada por debajo de su larga y estorbosa nariz. En verdad no vio nada de lo que decía el Petirrojo.

-"Mira, la primera alondra vuela", volvió a decir el Petirrojo. *"Ahora yo también cantaré el Himno al Sol"*.

Diciendo estas palabras revoloteaba en el aire y se remontó hacia el pino más alto. Desde ahí lanzó sus trinos en la flamígera aurora. A él se unieron, formado coro, todos los pajarillos del bosque.

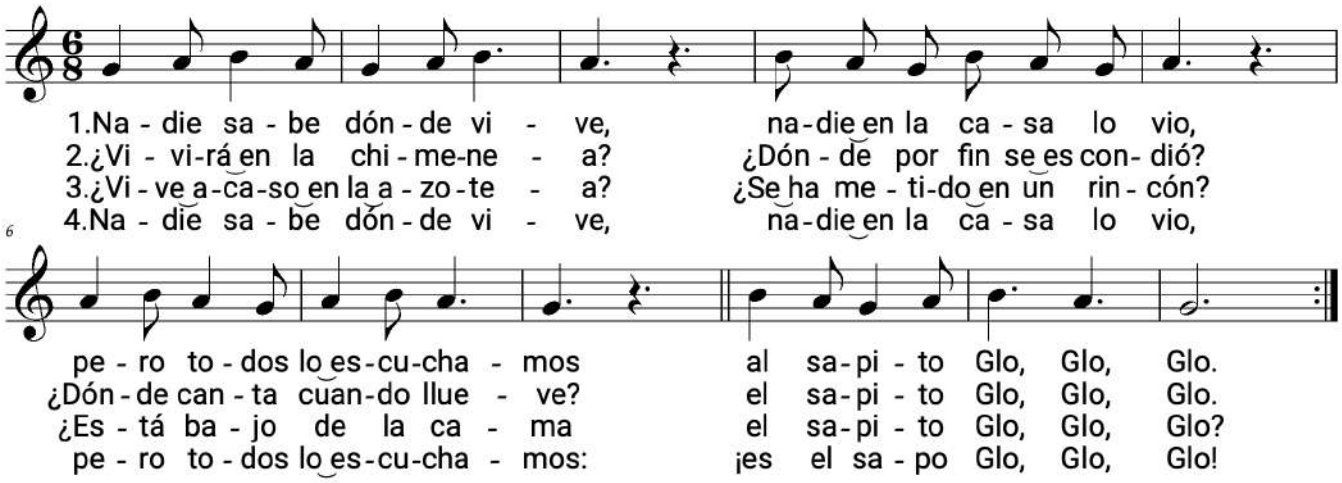
Por un momento el asombrado Topo permaneció inmóvil sobre su montecillo. De pronto, con furiosa energía, empezó a cavar hundiéndose rápidamente en la tierra. Primeramente su nariz, luego su cuerpecillo y, finalmente, su colita desapareció en el agujero.

Sin aliento trabajó sin descanso hasta llegar al fondo.

-"Hace tiempo que no cavaba yo a esta velocidad", dijo el Topo. Se sentía orgulloso de sí mismo, pero hubo de concluir:

-"Este año no volveré a salir al aire libre, donde viven esos locos pájaros". Y con fe siguió cavando en busca de gusanos.

LA LUCIERNAGA Y EL SAPO

Jacob Streit

https://ideaswaldorf.com/el-sapito/

En una cálida noche de verano, una luciérnaga se deslizó sigilosamente cerca de unos arbustos. Su verde luz brilló en el prado entre hierbas y flores. Un ave nocturna se acercó curiosa, creyendo que era una chispa que cayera del cielo sobre la pradera. Lentamente la lucecilla se dirigió hacia el estanque. Algunas veces desaparecía entre las hojas y permanecía escondida. Otras, subía afanosamente por las rocas de la orilla cual si fueran enormes montañas. Al llegar a la cima, el gusanito saludaba a la luna y a las estrellas.

Un viejo sapo se acercó rengueando en dirección a la piedra. Permaneció sentado al pie de la enorme roca, sobre el musgo húmedo, apoyándose al parecer confortablemente sobre sus torcidas patas. De vez en cuando, una gota de agua del estanque caía sobre su resbaladizo lomo. El sapo abrió su ancha boca esbozando una horrible mueca que quería ser una sonrisa. Observó el suelo, el musgo y la piedra con atención, y al levantar la cabeza vio a la pequeña luciérnaga. Un vecino tan luminoso le pareció molesto, odioso, inmediatamente reclamó:

> *"No podré encontrar un lugar pacífico y confortable? Siempre habrá algo que me moleste?"*

Furioso, el sapo saltó sobre la piedra.

Fue tal el susto de la luciérnaga, que apagó su luz. Miró hacia abajo. En la oscuridad casi no se distinguía la figura del sapo.

> *-"¿Qué puedo haberte hecho para que seas tan poco amable?", murmuró. "Yo no le hago mal a nadie".*
> *-¡Es suficiente con tener que soportar tu odiosa presencia! ¿Qué buscas brillando en el suelo y en los alrededores?"*, gruñó el Sapo.

Tímidamente contestó el gusano:

> *"Mi luz es alegría para las flores y las hierbas de la pradera; guiño alegremente hacia las estrellas".*

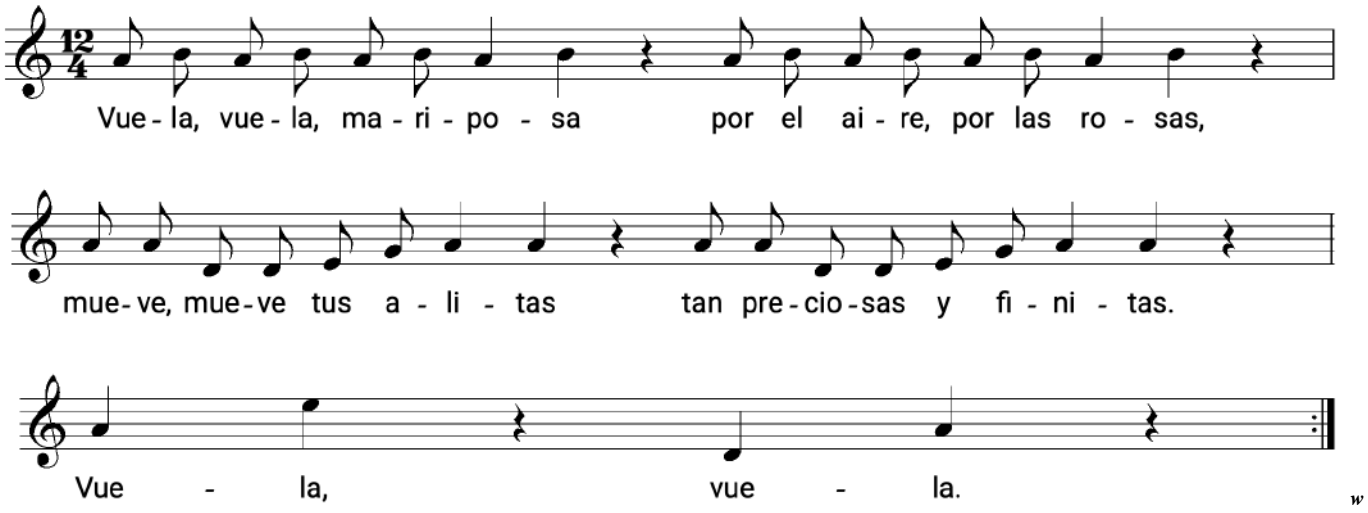
Al oír estas palabras, el sapo enfurecido replicó, poniendo veneno en su expresión, y casi ahogándose en un acceso de tos.

-"¡Haz de inmediato tu equipaje y regresa al cielo! Es todo lo que quiero... ¡Mira que tener a las estrellas saltando por el suelo...!

-"Es mejor brillar en la pradera que discutir con esta amargada criatura!", opinó la luciérnaga. Saltó al suelo, y pronto se pudo ver su verde lucecita, rondando a las fragantes flores, danzando en la pradera durante la noche.

EL GRILLO Y LA MARIPOSA

Jacob Streit



https://ideaswaldorf.com/mariposa/

En un lóbrego agujero, descansaba un grillo negro. Cuando el sol calentaba su refugio, el grillo salía corriendo hacia la superficie. En el cálido y asoleado verano, el mundo vibraba con cantos, gorgojeos y chirridos. Las alas del grillo se estiraron. Suave y lentamente al principio, pero cada vez más y más fuerte y más rápido, las frotó una contra la otra.

Este chirrido se añadió al coro de sonidos que llenaban los campos y las praderas.
Abejas, abejorros y mariposas visitaban a las flores. Las abejas zumbaban a dúo con los abejorros, las mariposas revoloteaban como gentiles y graciosas nubecillas. Una mariposa voló cerca de una margarita que se hallaba junto al nido de nuestro grillo; acabando por posarse sobre la flor para beber su néctar.

-"Oye tú" -dijo el grillo-.

-"Haz música, ¿quieres?"

-"Yo trato de producir algún sonido con mis alitas, pero tú vuelas y revoloteas en silencio con tus enormes alas".

La linda mariposa miró al grillo con sus ojillos redondos y se dijo:

-"No sé cantar, ni chiflar, ni siquiera chirriar"

-"¡Soy feliz de poder volar y revolotear!"

-"Mis alas deben recoger la luz y pueden bailar al son de tu música".

Y la mariposa se alejó flotando en el aire. El grillo satisfecho, cantó y chirrió moviendo sus cortas y duras alas, hasta bien entrada la noche. Chirrió y chirrió mientras las estrellas refulgían en el firmamento.

EL DESPERTAR DE LA MARMOTA

Jacob Streit

El otoño pasado, una helada temprana trajo los primeros copos de nieve en las montañas. Papá Marmota encerró a sus hijos en lo más profundo de su madriguera y les dijo:

-"Ahora acurrúquense bien unos cerca de otros y ¡a dormir! No hay más qué comer, pues ha llegado el invierno. El sol se detendrá tras las montañas y hará frío".
-"¿Qué es invierno?", preguntó una pequeña Marmota.

Papá Marmota respondió:

-"Invierno es una enorme criatura que cabalga sobre una nube. Es un monstruo con siete cabezas. Cuando sopla sobre la tierra, todo se cubre con un manto blanco. Hay nieve tan fría, que parece que quema los pies. Si salimos al campo, cae sobre nosotros el aliento de la bestia, y nos vuelve duros como piedra, de modo que nunca más podremos correr y jugar en el sol".

Al oír estas palabras, las pequeñas marmotas se recogieron temerosas en el fondo de su agujero. Ellas no querían ser de piedra. Les parecía horrible pensar que nunca más jugarían y gozarían de la luz del sol. Obedientes, los animalitos se enroscaron muy juntos, y sin hacer travesuras, ni jugar, ni morderse sus colitas, permanecieron quietos. Tenían mucho miedo del invierno que reinaba fuera de su cálido refugio.

Papá y Mamá Marmota cerraron cuidadosamente la entrada del túnel con paja y tierra; evitando las corrientes de aire. Cuando hubieron terminado de asegurar su hogar, ambas marmotas se acostaron a dormir cerca de sus pequeños.

Madre Tierra, que vela por todas sus criaturas, tomó sus almas y las marmotas cayeron en un sueño tan profundo que parecía que su corazón había dejado de latir y había cesado su respiración. Las marmotas duermen sin despertar todo el invierno! No se alimentan, ni se mueven. Su sueño se parece a la muerte. De vez en cuando, muy suavemente, late su corazón como una señal de vida, de esa vida que surgirá con la nueva primavera.

En el exterior ruge el viento; en su cueva subterránea los animales lo ignoran. Las avalanchas ruedan desde lo alto de los montes. Las marmotas duermen tranquilamente.

Un cazador ha sacado alguna vez una marmota dormida. La lleva en su morral hasta el valle. La pica con una aguja, pero el animal no despierta. Si la pone cerca del calor del hogar, la marmota empieza a moverse. Si despierta, muere inmediatamente. Si la marmota se ve obligada a salir de su profundo letargo de invierno, muere inmediatamente.

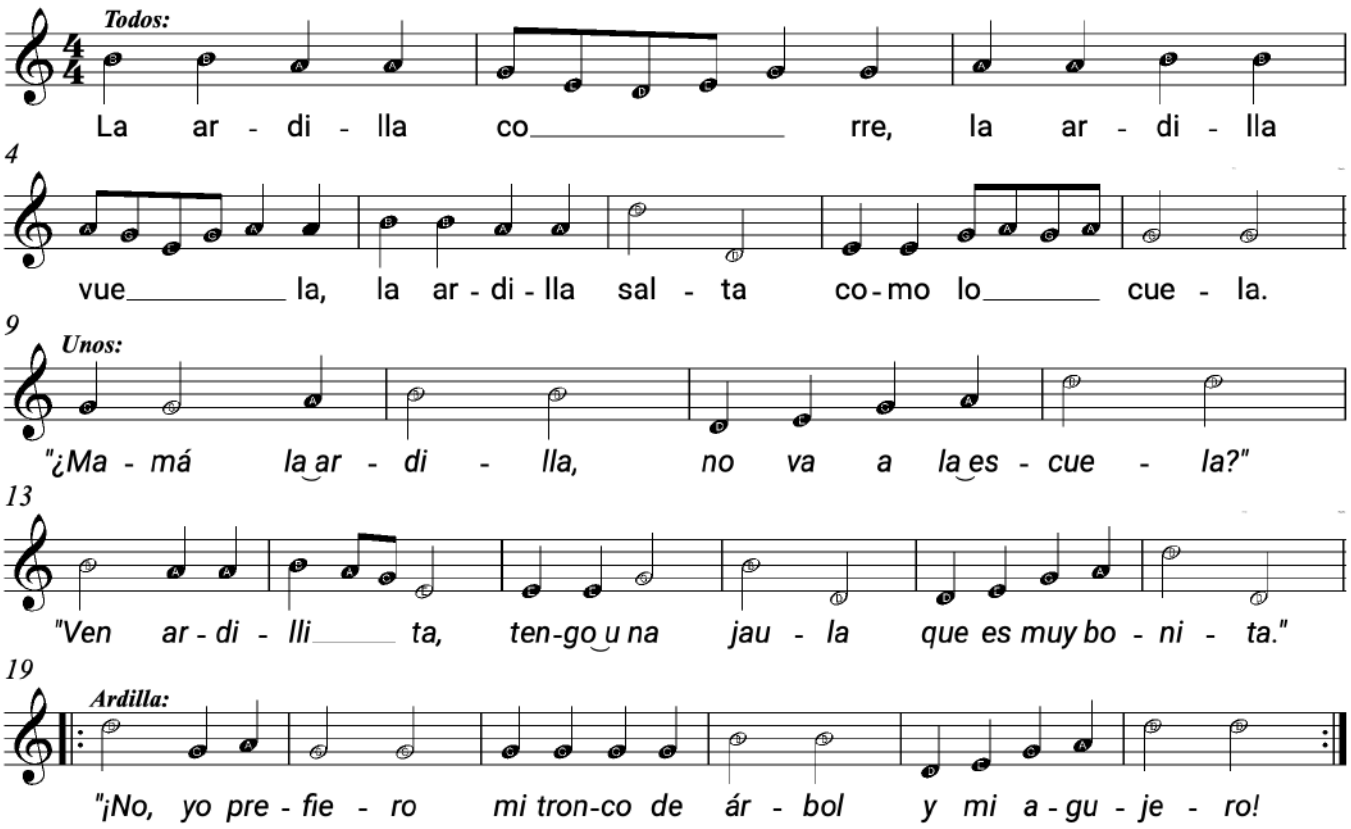
En la primavera aumenta el calor de la tierra. El sol aparece tras la montaña, crece la hierba y salen las flores. Poco a poco, las marmotas empiezan a moverse dentro de sus oscuros agujeros. Madre

Tierra hace más ligero su sueño, lentamente despiertan y comen algo de paja. Papá Marmota camina tambaleante hacia el tapón de paja y tierra que obstruye la salida, y con su, nariz la empuja hacia afuera. Al salir, se detiene cegado por la luz; camina incierto y somnoliento por la pradera. En la sombra de los árboles todavía hay nieve. Sus hijitos lo siguen, al ver la nieve la confunden con pasto blanco y hunden resueltamente sus patitas.

> -*"¡Ugh! ¡Qué frío está esto!"*, dicen lamiendo sus piececitos. Papá Marmota dice:
>
> -*"Hijitos, esto es nieve. El invierno la ha dejado en nuestra montaña; pero pronto el sol la echará lejos de aquí con sus rayos. Pronto el sol hará salir la hierba y las flores, y ustedes podrán jugar"*

Las pequeñas Marmotas sentadas sobre sus patitas traseras, parpadeaban en la luz del Sol.

LA ARDILLA Y EL SAPO

Jacob Streit

https://ideaswaldorf.com/la-ardilla-vuela/

Pardas escamas caían de las ramas del pino. Por un momento reinó absoluto silencio. Las escamas reanudaron su viaje a la tierra, se podía oír el sonido peculiar que hacían al caer. Por fin cayó la piña... Pero no es más que un rastrojo! Eso es todo lo que dejan las ardillas.

Ya era bien entrada la estación; las bellotas, las avellanas y las nueces estaban maduras, en su punto. La ardilla había ocultado muchas de ellas en su despensa entre las raíces del árbol, pero no eran suficientes para todo el invierno.

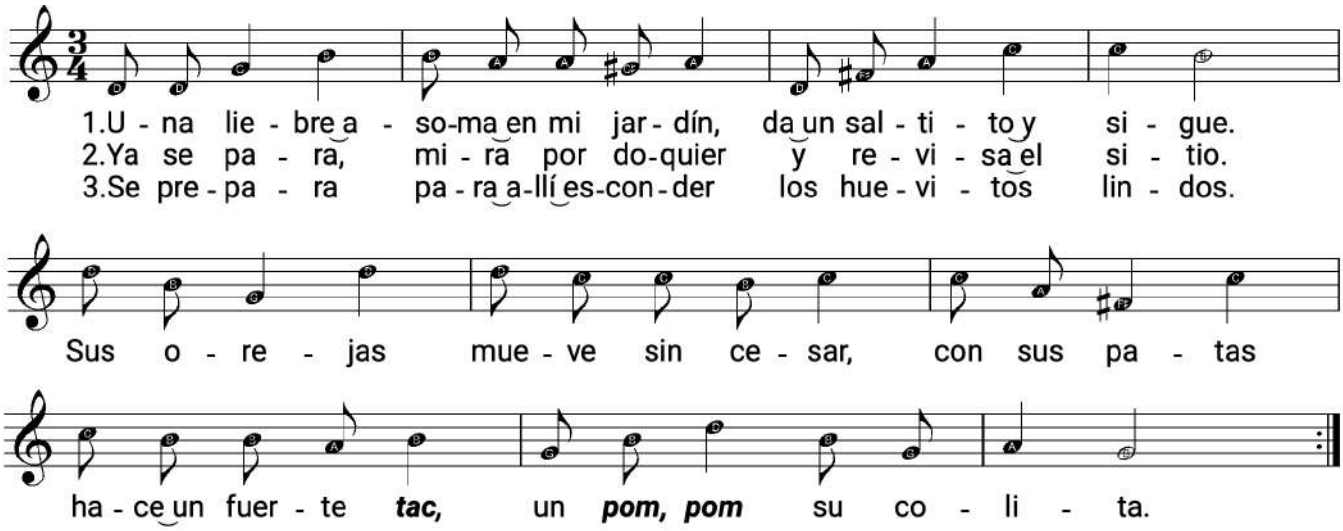
No bien hubo tirado el cono, la ardilla pasó de un árbol a otro, dando graciosos saltos. Era tan veloz que parecía volar de rama en rama! De la copa hacia el tronco! Enarbolaba su cola como una bandera. De pronto, se encontró en el suelo donde las nueces eran tan abundantes como las piedras. Rápidamente se sentó vigilando a su alrededor, escuchando los sonidos del bosque, no quería que la zorra o el halcón pudieran sorprenderla. Al ver que no había peligro, se dedicó a cavar, a rascar con sus patitas delanteras entre las hojas y las raíces que parecían pequeñas víboras encaminadas hacia las profundidades de la tierra.
Las hojas y el polvo volaban a su alrededor formando pequeños torbellinos. Rápidamente, trabajando con sus patas y sus dientes, empacó las nueces en una de sus numerosas despensas y velozmente cerró las puertas.

En la orilla del bosque había un viejo y retorcido matorral. Era este el lugar ideal para esconder nueces; pero en un agujero cerca de la más gruesa raíz, vivía un enorme sapo prieto. No se había movido en todo el día; ni siquiera parpadeaba. Tenía el ceño fruncido y una horrible mirada en sus ojos vidriosos.

La ardilla sacudiendo su cola se dirigió al matorral. Al ver al sapo, se paró en seco y empezó a refunfuñar. El sapo inmóvil se la quedó mirando. Al fin dijo el sapo: "Este es mi lugar y no me moveré sino hasta la noche, para entonces tú tendrás demasiado miedo para salir de tu nido! Sigue tu camino, criatura nerviosa, trepa-árboles peludo."

La ardilla que se había sentado cómodamente sobre sus patas traseras rió moviendo las orejas. Sacudió su cola y dijo: "No tienes que cuidar de mis nueces, están seguras sin tu ayuda!" En tres saltos, moviendo su cola, se hallaba encaramada en la más alta rama del árbol.

LIEBRE Y LAUCHA

Jacob Streit

https://ideaswaldorf.com/una-liebre-asoma/

A las orillas del bosque habitaban muchas hojas secas debajo de los árboles.

De pronto se escuchó un suave crujir y, sigilosamente, salió debajo de esas hojas una liebre. Se sentó sobre sus patas traseras, levantó sus grandes orejas y escuchó atentamente.

Como no pudo observar nada sospechoso, y ya se aproximaba la noche, saltó y saltó hasta llegar al huerto de los repollos que se encontraban en la cercanía. La liebre adoraba esas verdes cabezas, con sus redondas curvas, paradas allí en rectas hileras.

De un costado hubo un camino con nabos, y de allí estaba saliendo una laucha de su madriguera. Olfateando, levantó su nariz, movió de un lado a otro sus ojos, corrió rápidamente de un lado a otro, hasta encontrar una enorme zanahoria. Cual montaña sobresalía del más de la tierra. Pronto, sus filosos dientes hicieron un agujero en la zanahoria, de modo que nariz y ojo estaban ya cubiertos dentro de la misma.

En eso, la liebre había llegado al primer repollo. Agachó la cabeza y comenzó a comer. Apenas, sin embargo, hubo cortado una hoja, movió inquietas sus orejas de lado a lado. También la laucha había escuchado un ruido. Se dijo:

-"Me estarán vigilando un gato; seguro, que el ruido que escuché fue provocado por mi paso".

La laucha quedó quieta y dejó de comer.

La liebre, después de que sus oídos solo notaron el murmullo del viento que por allá corría, se dijo:

-"El aire está silencioso, todo está en orden, comeré todo lo que pueda. Todos los repollos son míos. No obedece ni al labrador ni al perro ni al cazador".

Con esas palabras hundió sus dientes en las ricas hojas verdes y llenó toda su boca. Al sentir la laucha este ruido, pensó que ya el gato se estaba preparando para el salto, dio un silbido estridente y desapareció dentro de su madriguera.

-"¡Ay!", exclamó la liebre; "*ya la bala del cazador ha silbado cerca de mis orejas"*.

Pegó un gran salto y en veloz carrera cruzó el sembrado de las papas y el del trigo hasta llegar a unos arbustos de mimbre, donde se escondió temblando, mientras que su corazón latía con fuerza.

Dentro de la madriguera, la laucha con las patas limpiaba su bigote y se reía con voz ronca y burlona: *"Gato endemoniado",* decía, "*una vez más, pude esquivarte y salvarme..."*

EL HÁMTER Y EL GUSANO

Jacob Streit

En una mañana de otoño, un gordo hámster salió de su escondrijo y se dirigió a un campo de nabos. Había caído una fuerte helada durante la noche y el animalito sentía como se enfriaban sus patitas.

-"¡Oh!" exclamó. *"Ya llega el invierno y no tengo suficientes provisiones para alimentarme durante ese tiempo. Debo cavar otra cueva grande y espaciosa para almacenar mi cosecha."*

Se hundió en la tierra y empezó a cavar. De pronto, se topó con una lombriz de tierra.

-"¡Quítate de mi camino!", ordenó. *"Tengo que agrandar mi cueva"*.

La lombriz se espantó pensando que era un topo lo que había encontrado. Pero se repuso y dedujo:

-"Si fuera un topo, ya me hubiera comido".

Furioso gritó el hámster:

-"¿No tienes que preparar una cueva para guardar tus provisiones de invierno? No haces más que dar vueltas impidiéndome trabajar!".

-"No, no necesito guardar nada", replicó la lombriz. "*Cuando tengo hambre como tierra"*.

-"¡Qué sucio eres!" exclamó el hámster.

-"Pero, ¿podrías decirme qué comes cuando el suelo está helado? No te atrevas entonces a pedirme nabos o semillas!".

-"Guarda tus legumbres. Yo duermo durante el invierno", repuso la lombriz.

-"¡Así que perteneces a esa clase de gente soñolienta! ¡Quítate de mi camino! ¡Déjame pasar!"

La lombriz desapareció hundiéndose en la tierra, y el pequeño Hámster pudo hacer una cueva grande y espaciosa que rápidamente llenó de papas, nabos y otras legumbres y semillas.

Cuando la primera nevada cubrió los campos, el hámster contempló con amor su despensa, mordisqueó aquí y allá, murmurando para sí:

-"No importa que caigan heladas y nieve. Yo tengo alimento suficiente y no adelgazaré!"

Pasaron octubre, noviembre y diciembre. Llegaron enero y febrero. La despensa se vaciaba poco a poco. Un día, el hámster quiso cavar un túnel para ver si ya había llegado la primavera. Al querer sacar su naricilla se encontró que todavía había nieve. Inmediatamente retrocedió frotándose la nariz. Tocó su pancita y murmuró:

-"¡Pobre pancita mía, de hoy en adelante sólo recibirás media ración".

Se terminaron las papas y los nabos. Quedaban unas cuantas zanahorias. El hámster volvió a subir por el túnel y otra vez su naricilla se incrustó en la nieve. Tuvo que regresar a su albergue lloriqueando:

-"¡Pobre de mí! ¡Ahora solamente podré tomar un cuarto de mi ración acostumbrada".

Cuando hubo terminado las zanahorias, volvió a probar suerte recorriendo el túnel, pero la nieve no había desaparecido. Súbitamente recordó las palabras de aquella lombriz que conociera el otoño pasado y pensó:

-"¡Si solamente fuera yo también un gusano".

Trató de comer tierra, pero le dolió el estómago de tal manera que no pudo comer durante varias semanas. Adelgazó tanto que se veían sus huesos a través de la piel.

Nuestro hámster estaba verdaderamente muy flaco cuando salió al aire libre. Pero pronto se recobró. Un día volvió a toparse con la lombriz y le dijo agriamente:

-"¿Por fin has despertado pobre 'come-tierra'? Yo he pasado un invierno delicioso comiendo legumbres y semillas".

La lombriz sonrió plácidamente contestando amablemente:

-"Le deseo un feliz verano Señor Hámster. ¡Ojalá que su pancita vuelva a ser tan redonda como la luna".

EL SAPO INTELIGENTE

Jacob Streit

En el estanque de una aldea, entre algunas plantas acuáticas y lirios, vivía en un tiempo un sapo que se consideraba muy inteligente. Y en eso estaba bastante acertado, ya que sabía mucho, muchísimo acerca de todo lo que pasaba a los animales debajo del agua.
Sabía, por ejemplo, cuántas patas y dedos tenían todos los animales, qué era lo que comían y por quién eran comidos a su vez. Y ese conocimiento no se debía tanto a su edad, —dado que recién en la primavera pasada había salido del huevito—, sino que tenía sus ojos en todas partes y poseía una aguda inteligencia de sapo. Por supuesto, que nada podía saber de aquello que pasaba sobre la superficie del agua, ya que allí no había reunido experiencia alguna. Pero le parecía que eso no tenía tanta importancia. Al vivir debajo del agua, uno debe ocuparse de las cosas que allí suceden; lo de allá arriba sólo conduciría a confusiones —así opinaba.

Por ello estaba convencido de que no sólo sabía mucho, sino que lo sabía todo. Los otros sapos jóvenes, y aún muchos de los mayores, que tenían un gran respeto por sus conocimientos, opinaban que él tenía razón y lo consideraban su maestro. Por eso, se había acostumbrado a dar su opinión acerca de todo lo que veía, a todo aquel que quería escucharlo.

Aconteció un día que allá abajo del agua vio un bosquecillo de juncos. De inmediato recogió sus fuerzas, sacó pecho y comenzó a hablar de la utilidad y el provecho que brindaban esos juncos. No tenía importancia para él lo que pasaba o cómo eran esos juncos sobre la superficie del agua. En el agua, los juncos son de gran utilidad: primero para agarrarse; segundo, para encontrar el camino; y tercero para recrearse.

Mientras hablaba y hablaba, aparecieron nadando los demás sapos venidos de todos los rincones, ávidos de escuchar y aprender. El sapo inteligente proseguía con sus explicaciones e instrucciones; hablaba a sus escuchas acerca del color, la tersura y demás características de los juncos.

Allí había un junco rojo, que no era terso, sino áspero. El sapo inteligente nunca había visto juncos de esta clase, pero eso no lo impidió explayarse en el tema, explicando:

-"Este junco", dijo, *"es rojo para que nosotros podamos verlo mejor; es así para que podamos reaccionar mejor ante su presencia, es áspero para que nosotros podamos rascarnos mejo..."*

Y no pudo seguir más, porque de repente desde aquel apartado salieron otros dos juncos rojos, que agarraron al inteligente profesor, y... *¡Zas!* Había desaparecido de los ojos de sus espectadores.

¿Cómo pudo suceder eso?

El cuento no lo dice, pero los otros sapos, que no podían imaginarse de dónde habían salido esos juncos rojos, optaron por nadar rápidamente hacia el otro lado del estanque. Y eso sí, que era real inteligencia de sapo.

EL VENADO Y EL ZORRO

Jacob Streit

En el claro de un bosque, pastaba un venado. A su alrededor, los oscuros pinos extendían sus ramas protectoras. Una mariposa amarilla sobrevolaba solitaria el musgo. Pasó muy cerca del venado, pero éste seguía comiendo tranquilamente. Subió más alto la mariposa, hasta la cima de los pinos, para encontrarse allí con los últimos rayos del sol vespertino.

De tiempo en tiempo, el venado levantaba su cabeza de un sacudón y escuchaba atentamente. Con sus largas orejas, escuchaba el cantar de los pájaros, el golpeteo del pájaro carpintero y la caída de las piñas, así como el murmullo de las hojas cuando por allí pasaba el viento.
Esa melodía del bosque le era familiar y querida, pero el venado estaba atento al paso furtivo del lobo y también al del cazador.
Una vez más, bajó la cabeza para seguir comiendo. Luego, con paso grácil y liviano, se acercó al fondo del claro y se acostó debajo de un arbusto para descansar.

Cerca de ese lugar, un zorro salió perezosamente de su guarida, donde había estado durmiendo durante el día. Sintió hambre. Levantó su hocico e, inquieto, movió su rostro y cola. Sin hacer ruido, sus patas se deslizaban por el terreno. Lentamente cruzó por los lugares donde había árboles y piedras. De cuando en cuando se detenía en algún hundimiento del terreno y metía el hocico y las orejas para indagar lo que sucedía a su alrededor.

-«*Liebre o pájaro, lo mismo me da»,* se decía entretenido.

Pero las orejas seguían alertas, y siguió avanzando en dirección al claro del bosque.
Allí, todavía estaba descansando el venado. Era muy joven aún. Apaciblemente, masticaba una hoja, pasaba la lengua por su pelaje y, somnoliento, se le cerraban los ojos.

De pronto, el zorro con su tono astuto lo descubrió. Se aproximó sin hacer ruido y con penetrante mirada observó el arbusto donde estaba. Pensó:

-*«En el invierno... en la alta nieve, se hundirían sus flacas patas, y en la persecución pronto lo apresaría. Así no podría escapar fácilmente; ¿cómo hacer para agarrarlo?».*

Y mientras el zorro seguía mirando, vio las astas del venado.

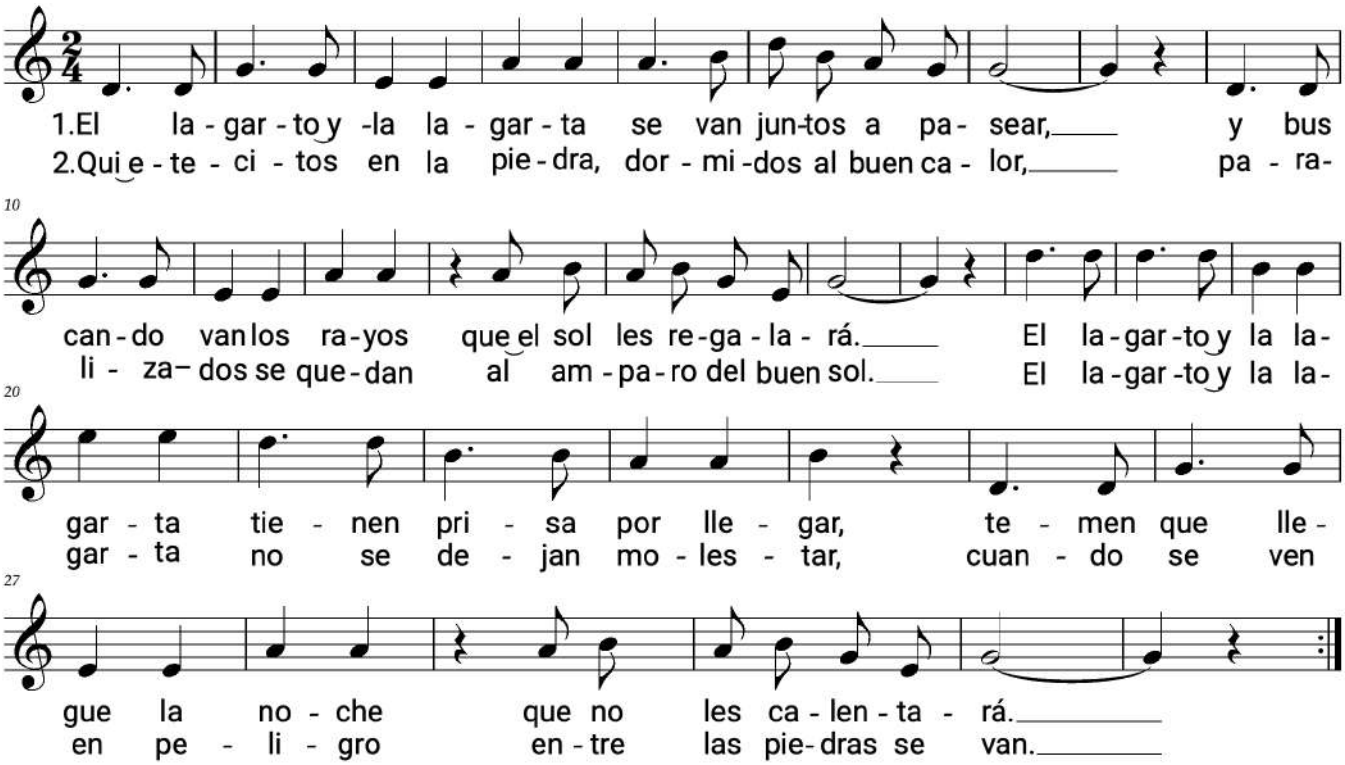
-*"No me gustan"*... y no estaba muy seguro.

-"¿Voy? ¿No voy?", y en su nerviosismo, movió la cola, que justamente dio contra una rama seca que allí se encontraba en el suelo.

De un salto el venado se levantó, corriendo ágilmente con la velocidad del viento para internarse en el bosque. Ya el zorro no tuvo oportunidad de seguirlo.

Furioso, el zorro se dio vuelta y le dio un mordisco a su propia cola. El venado ya se encontraba muy lejos.

LA LAGARTIJA Y EL CARACOL

Jacob Streit

https://ideaswaldorf.com/el-lagarto-y-la-lagarta/

Cerca de un muro de piedras, el caracol se deslizaba a su tranquila manera. Con sus cuernos, iba tanteando armoniosamente su camino. En eso, apurada salió la lagartija de un hueco, y al pasar, rozó uno de los cuernos. Asustado, el caracol escondió sus cuatro cuernos y pensó:

-*"¡Qué relámpago había sido ese?"*.

-*"Sí, sí..."* dijo la lagartija, que se había sentado sobre una piedra, mirando hacia abajo con sus ojitos brillosos.

Al cabo de un rato, el caracol sacó sus cuernos nuevamente. Desabrió a su vecino y le dijo:

-*"¡Eh!, ¿Habías sido tú, ese relámpago que chocó con mi cuernito? ¿No puedes tener más cuidado y fijarte si en el camino se encuentra paseando al lento caracol?"*.

Ya durante muchos días, la lagartija había estado tomando sol en esa piedra, pero nunca había visto al caracol cerca de su morada. Le dijo:

-*"¡Qué andas dando vueltas por aquí, ensuciando mis piedras con tu baba!"*.

-*"Donde estoy yo está mi casa"*, le respondió el caracol, *"mira, la llevo siempre a cuestas. Yo en cambio no veo dónde está tu casa; esas piedras no están pegadas a tu cola"*.

Estas palabras disgustaron a la lagartija. Pensó:

-*"A ese pobre personaje que se arrastra, le falta entender lo que es la velocidad"*.

Y con animosidad le dijo:

-"Mira, caracol, allá está mi cueva, donde salgo y entro. Y lo hago con gran velocidad. A veces entraré y saldré, mientras que tú lo harás una sola vez. ¡Fíjate!".

Y la lagartija disparó hacia adentro y hacia afuera con tal rapidez, que al pobre caracol se le nubló la vista.

-"¡Alto!", exclamó.

-"Detente, que me estoy mareando".

Relampagueaban de satisfacción los ojitos de la lagartija. Al cabo de quedarse pensando por un largo rato, el caracol dijo:

-"Escucha, lagartija: yo puedo entrar a mi casa cien veces más lento que tú, y ese es un arte mucho mayor. ¡Fíjate!".

Y ya comenzaron a encogerse sus cuernos. Asombrada, quedó contemplando la lagartija cómo poco a poco iba desapareciendo todo el caracol dentro de su casita. Pero no volvió a salir. Inamovible, quedó pegado sobre la piedra.

Entonces, la lagartija regresó a su piedra, eligiendo el lugar más calentito, observando un rincón de sol. Este quemaba con fuerza sobre la casita del caracol.

De pronto, el caracol se soltó y se dejó caer sobre las frescas hierbas donde había sombra, quedando inmóvil en ese lugar.

Hacia el anochecer, cuando cayeron algunas gotas de lluvia, con sus pasitos veloces, la lagartija desapareció dentro de su cueva. Entonces, por fin, el caracol lentamente salió de su casita. Cuando las gotitas de lluvia acariciaron su cuerpo, dijo muy satisfecho:

-"¡Qué bien, que la madre nube pasa por aquí. Entonces las bestias movedizas desaparecen dentro de sus cuevas, y la gente pacífica puede continuar sus serenos paseos!".

MOSQUITA Y LOMBRIZ

Jacob Streit

Era un día de tormenta. Por fin se abrieron los nublados y lo cálido, pago del sol, aconteció en la tierra húmeda. Entonces salieron de sus escondites, debajo de las hojas de los cercanos arbustos, muchas alegres mosquitas. Tantas se juntaron, que luego formaron un gran remolino. Todas juntas subían y bajaban. A veces, el viento las separaba, pero siempre se unían nuevamente, en apretada compañía. Cruzaron volando un campo de pastos y llegaron al arroyo, que por allí pasaba. Una trucha dio un salto por el aire, tratando de atrapar alguna de las frágiles mosquitas. Un pájaro, que cruzaba en vuelo veloz, se tragó una mosquita. Casi ni se dio cuenta y pensó:

-"Una buena lombriz de los sembrados vale más que todas estas mosquitas juntas...".

Pegó el anochecer, y una por una, las mosquitas se deslizaban suavemente a la tierra, buscando amparo durante la noche en un lugar protegido: en los arbustos y dentro de los pastos. Algunas se refugiaron entre las piedras, otras debajo de algún tronco en el campo arado.

Al bajar la última mosquita, se encontró en un jardín y se refugió dentro de una grieta de la tierra. Aún vibraban sus alas por el sol, que las había calentado. Lentamente se calmó y quedó dormida. De pronto, se movió la tierra debajo de ella; casi se hubiese caído. Despertó:

-"¿Acaso habría soñado?"

No. Allí estaba nuevamente el movimiento, forcejeando debajo de sus patitas. Asustada, se corrió a un lado. Y en ese momento, a su lado, salió la cabeza de una larga lombriz colorada.
Se estiró y se extendió hasta que, haciendo fuerza, logró extraer todo su cuerpo. De puro esfuerzo, por un momento permaneció inmóvil, como tomando aliento. La mosquita la quedó mirando, llena de asombro, y pensó:

-"Ah, ¡cómo!, ¿también eres un animal?". No sintió miedo, por eso le preguntó:

-"¿Qué criatura tan extraña eres? Dime, ¿cómo puedes caminar si no tienes patas?".

La lombriz movió su cabeza y emitió un ruidito, como si estuviera riéndose:

-"Ja, ja, yo me encojo y me extiendo, me encojo y me extiendo".

Asombrada, preguntó la mosquita:

-"Pero, ¿hacia dónde irás? Hace rato que se fue el sol, la oscuridad envuelve el bosque y los prados... ¡Vete a dormir!".

La lombriz se sintió placentera y se rió un poco más fuerte:

-"¡Ja, ja! Duermo cuando tengo ganas de dormir. No tengo a ningún sol que pueda ordenarme cosa alguna. Ahora quiero horadarme en algún chiquero".

La mosquita no comprendió cómo la lombriz no sabía del sol y le dijo:

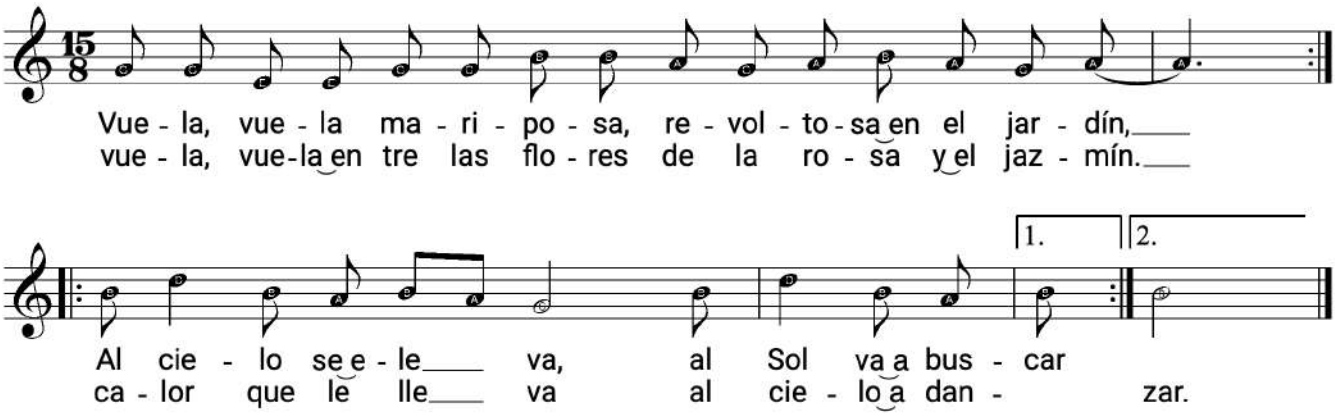
-"¿Cómo? ¿no conoces el sol? ¿A nuestro padre, que trae el nuevo día, que calienta los animalitos entumecidos por el frío de la noche y llena todo el mundo con su esplendor?".

Ahora, la lombriz había comprendido de quién se trataba y exclamó atemorizada:

-"¡Ay, ay!, ¿te refieres al gran fuego celeste, que tiene tantos pinches puntiagudos que a nosotras, las lombrices, nos seca la piel tanto, que se pone dura y quebradiza?
Con ese bicho no quiero encontrarme, como tampoco con el otro fuego, que vive en los pantanos, y que me devoraría de cabo a rabo...".

Y sin decir ni siquiera *"buenas noches"* a la mosquita, se alejó la lombriz: extendiéndose, encogiéndose, extendiéndose, encogiéndose ...

LA MARIPOSA

Jacob Streit

https://ideaswaldorf.com/mariposa-revoltosa/

Con sus alas cansadas, una mariposa revoloteaba sobre la pradera. Caía una ligera lluvia que empapó sus bellas alas, poniéndolas tan pesadas que el insecto cayó sobre el pasto. Casi todo el polvo brillante que cubría sus alas había desaparecido. En vano trató de volar. Se arrastro penosamente hacia una planta y puso un par de pequeños huevos bajo sus hojas.

Viendo que sus alas ya no podían levantarla, las dobló y permaneció quieta soñando con flores y rayos de sol, mientras la lluvia caía más y más tupida.

Cuando sopló la brisa fría de la noche sobre la pradera, la mariposa murió. Los pequeños huevos quedaban al cuidado de la Madre Tierra. Durante el día el Sol los cubría con su calor; en la noche la Tierra los envolvía con su tibio aliento. La hoja los protegía de la lluvia, de manera que siempre estaban bien cuidados. El torrente de vida latente en la vieja mariposa se había agotado, pero había dejado una chispa en cada huevecillo.

Pasaron los días, se percibió un suave movimiento debajo de la delicada envoltura. Un rayito de sol que jugueteaba envolviendo la planta exclamó:

-"¡Salid, salid!".

El huevo se estiró, se agitó y, por fin, se rompió dejando salir una pequeña larva con el cuerpo cubierto de puntos amarillos, tan suave y tierna como un hilo de seda. La pequeña criatura se arrastró hacia la verde hoja, haciendo de aquel lugar su jardín; así como también su fuente de alimentación.

La larva se dio cuenta de que el borde de la hoja era más sabroso, y poco a poco roía las esquinitas. Después de unos cuantos días la mitad de la hoja había desaparecido. El rayito de sol gritó de nuevo:

-"¡Sal hacia el verde mundo!"

La pequeña larva se deslizó de planta en planta. No todas le gustaban y siempre permanecía más tiempo sobre las plantas que se parecían a aquéllas que fueron su primer hogar.

El tiempo pasó, la larva creció. Después de unas cuantas semanas su lomo se cubrió de mechones de pelusa larga y café, entre esos mechones brillaron pequeñas motas rojas.

Terminó el verano. El viento de otoño sopló sobre la pradera y sobre los campos. El rayo de sol volvió a decir:

-"Busca un hogar tranquilo que te sirva de albergue".

Obediente, la larva se deslizó entre las piedras, adentrándose en la tierra. Tenía miedo de la oscuridad y murmuró quedamente:

-"Madre Tierra ayúdame a penetrar; el Sol quiere que me aleje de los verdes campos". La Madre Tierra respondió con ternura:

-"No llores, deja tras de ti el verde mundo, sigue el consejo del sol, ven a mí. Despójate de tu ropaje, está viejo y arrugado; ahora duerme; mis duendecillos tejerán bellos sueños para ti".

La larva tiró su traje usado y descansó plácidamente. De súbito sintió que su cuerpo se ponía tenso, duro como si fuera madera. No podía moverse.

Sintió que se asfixiaba; quiso pedir ayuda a la Madre Tierra:

-"Ayúdame, ayúdame, esto debe ser la muerte", gemía.

Pero antes de poder pronunciar una sola palabra cayó en profundo sueño, un sueño de muerte. Su piel se endureció como la madera de un féretro.

Cuando llegó el invierno, los copos de nieve cubrieron la tierra y las estrellas brillaban intensamente en el cielo nocturno. Entonces ocurrió un milagro en el féretro de la larva. Con suaves deditos, misteriosos duendecillos introdujeron un traje celestial en la quieta y silenciosa tumba. Lo habían tejido con luz de estrellas y resplandor del arco iris.

La tibia primavera fundió la nieve. Su calor llegó al fondo de la tierra. En la pradera las flores se abrían a la luz cálida del Sol, y cuando hubieron engalanado los prados con sus brillantes colores, allá en el fondo de la tierra, se abrió el féretro donde había muerto la larva, y despertó una mariposa.

Buscando un caminito entre las piedras, la mariposa surgió al aire libre hacia la luz. Oyó el eco de un canto que venía desde el mundo brillante:

-"Ven con nosotros", decían en el lenguaje de las flores.

Las flores se quejaron al Sol:

-"¡Ojalá pudiéramos también volar hacia la luz, trenzando figuras entre tus rayos!".

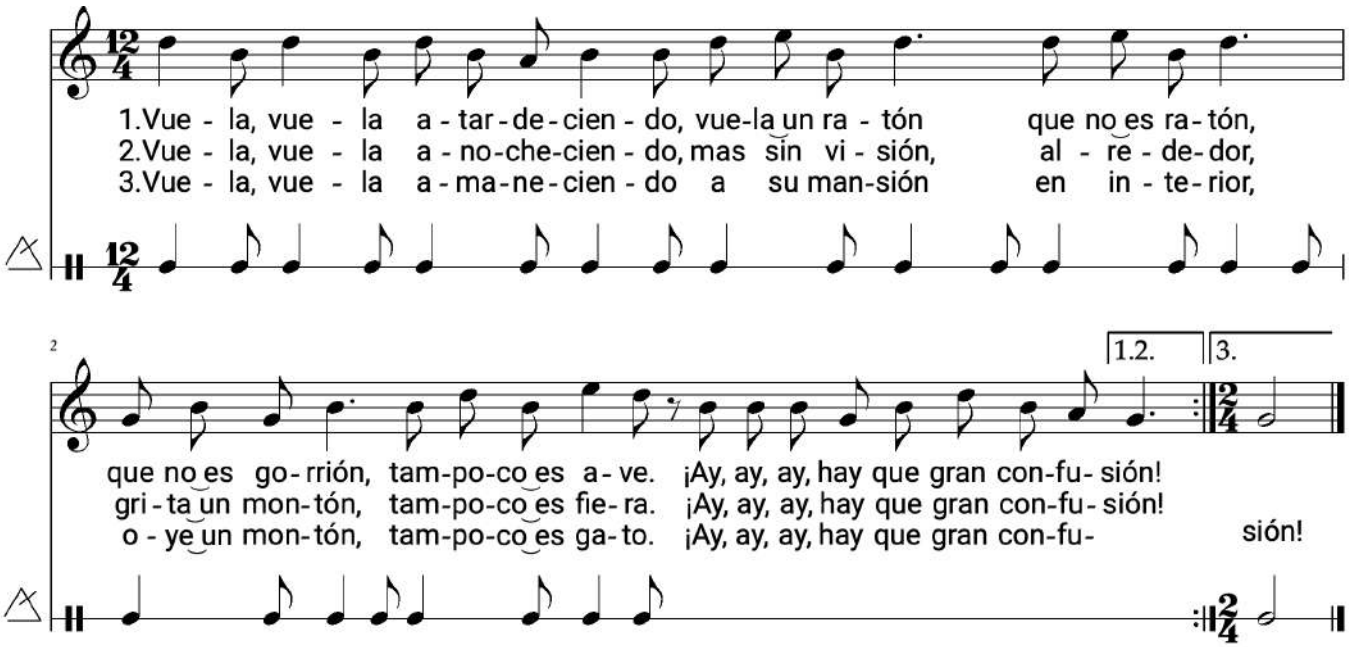
El Sol replicó:

-"Debo vagar sobre tierras y mares; esperad un poco y mi "Pájaro-sol" vendrá hacia vosotros. Él sabe las maravillosas historias de las estrellas y del arco-iris"

Al mismo instante, la mariposa voló, posándose sobre las flores. Permaneció siempre con ellas; y las flores la quisieron como a una hermana.

EL BÚHO Y EL MURCIÉLAGO

Jacob Streit



https://ideaswaldorf.com/murcielago/

La luna, apenas visible como una hilacha, brillaba con débil luz en el cielo teñido de anochecer. Pronto desapareció la última claridad.
A esa hora, un búho estaba sentado sobre un muro nuevo en la colina. De pronto, se escuchó su alarido ***"huuu",*** grave como soplido dentro de una botella, y así se escuchó en el valle: ***"¿Muu, Ullua?"***

Con sus felinas garras se aferraba a las piedras del muro, mirando fijamente con sus temibles ojos hacia la proximidad oscura. Con pequeños movimientos giraba su cabeza, parpadeando en dirección a unos pinos, quietos y oscuros. Sus ojos por un rato quedaron inmóviles, cual figura de piedra.

En eso, pasó una lechuza, revoloteando cerca de su cabeza. Búho abrió los ojos, diciendo con enojo:

-"Esta gentuza, con sus vuelos, arruina mi noche, siempre en mi tranquilidad... 'huu'."

Un murciélago volaba y volaba alrededor de los pinos; batiendo sus alas, subía y bajaba. Luego, desde un árbol seco salió una segunda lechuza. Una tercera llegó del techo de un edificio abandonado.
Pronto, el pino estaba rodeado por el susurro de negras alas. Las largas orejas del murciélago le permiten escuchar cualquier ruido, por leve que fuere: cualquier crujido de rama, cualquier silencioso paso.
Temeroso es su corazón, el centellear de las estrellas le infunde miedo, y el murmullo del arroyo lo asusta. El grito del búho lo hace temblar hasta las alas membranosas.

Mientras los murciélagos bailotean en su veloz danza alrededor del pino, búho, sentado sobre el muro, alarga su cuello. Extiende sus alas y abre sus fríos ojos. Despega de pronto, atravesando el aire casi vertiginoso. Siente que sus garras quieren aprisionar; su curvado pico clavarse en algo viviente.

En silencioso vuelo se acerca al pino. Sabe que no es fácil apresar un murciélago en vuelo. Ahora estaba ya muy cerca de los pinos: un murciélago cruzaba la cima del árbol en inquieto vuelo. Búho lo persiguió, batiendo sus alas con fuerza. Pensando clavarle sus felinas uñas, un golpe de frías alas le pegó con fuerza en los ojos. El murciélago habría huido.

Planeando malhumorado, búho se acercó al suelo. Vio una laucha:

-"Estas no tienen alas", pensó.

Y ya la laucha se agitaba en sus garras. Voló sobre el pino, donde se la comió.

Cuando la luna hubo desaparecido detrás de las montañas y la primera claridad anunciaba la madrugada, búho estaba sentado en una caverna de piedras sobre la montaña. Ante la claridad del día cercano, cerró sus ojos y quedó profundamente dormido.

Dentro del árbol hueco, se colgó de sus patas el murciélago que había sido perseguido por búho. Cuidadosamente se envolvió con la membrana de sus alas, para que no pudiese pasar ni un poco de luz. Soñó con un terrible fantasma, del que había logrado escapar durante la noche.

Con toda su fuerza y su luz se acercó el nuevo día. Pronto, en los arbustos y en los árboles, comenzó el canto de los pájaros. La alondra entonó su canción en el crepúsculo, como un himno, llamando al sol que majestuoso se elevaba.

EL TOPO, LA LANGOSTA SALTONA Y EL GUSANO

Jacob Streit

—*"¿Por qué estás sentado allí, en sitio tan oscuro?"* —le preguntó una langosta a un gusano—

La langosta acababa de dar un inmenso salto de una rama a otra, pasando justamente por una hojita nueva y tierra, donde estaba sentado el gusano.

—*"¿No sientes el maravilloso color del sol? Haz como yo, salta conmigo hacia el sol. Alguna vez, por qué no, lo lograremos"* —

Y sin aguardar siquiera la respuesta, la langosta siguió saltando, alto, y más alto.

En ese momento, puesto que casi había llegado ya la primavera, apareció un topo, que había salido de su hoyuela de la tierra. Recién había despertado de su sueño invernal y se detuvo también a mirar, como el gusano comía las tiernas hojitas del abedul.

—*"¿Qué estás haciendo allí?"* —preguntó mientras se rascaba los ojos somnolientos.

—*"Hago lo mismo que la langosta*" —contestó el gusano— *"bueno, no del todo, lo hago a mi manera"*.

—*"Tonterías*" —siguió gruñendo el topo— *"al sol no lo encontramos en la tierra. Ven conmigo a mi cueva subterránea, encontrando lombrices y raíces, hay montones*"

—*"No"* —dijo el gusano— "*prefiero comer estas hojitas. Tienen gusto a sol"*

El topo se encogió de hombros, volvió a su cueva y siguió sus ocupaciones, consistentes en comer raíces.

Al cabo de algunas semanas volvieron a encontrarse el topo y la langosta saltarina, en la proximidad del abedul. Allí, vieron al gusano, muerto, colgado de una ramita.

—*"¡Ahí lo tienes!"* —exclamó el saltón— *"Ahora ha muerto… es porque no quiso saltar conmigo hacia el sol"*.

—*"No"* —dijo el topo— *"ha muerto porque no quiso venir conmigo a mi cueva"*

Calló de pronto.

¿Qué era esa cosa dura y muerta … ¿era realmente el gusano?

¡No! Más bien era un pimpollo de flor, que comenzaba a abrirse. Salieron a la vista dos delicados pétalos que a la luz del sol se tiñeron de color. Pero, he allí, ni bien se abrió la florita por completo, cuando levantó vuelo, alejándose, portada por la luz del sol.

—*"¡He encontrado al sol…! ¡He encontrado al sol en las hojitas del árbol!"* —exclamó la florcita, posándose sobre ellas—, que en realidad era una mariposa.

A partir de ese instante, la langosta comenzó a comer hojas, todas las que pudo, y fue así que se volvió verde, toda verde …

El topo, tanto enojo le causó esa historia del sol, que se refugió rápidamente en su madriguera.

EL CABALLITO DE MAR

Frans van Anrooy

Una noche, Juanito se encontraba ya acostado en su cama. Tenía miedo a la oscuridad y entonces acostumbraba tener una linterna eléctrica a su lado. Sin embargo, esta noche no estaba pensando en la oscuridad. Estaba muy emocionado pensando que al día siguiente iría con sus padres a la

playa. Ese mismo día le habían regalado un caballito de mar para que jugara en la playa y una linterna eléctrica a prueba de agua que podía sujetar a su cinturón.

Acostado, pensaba en los castillos de arena que construiría y en las olas que torearía montado sobre su caballito de mar. Con su linterna al cinto, no habría por qué tener miedo. Por fin, se quedó dormido.

Estar en la playa era mejor que lo que se había imaginado. Había muchos muchachos con quienes jugar. Hicieron un enorme castillo de arena. Conforme subía la marea, el mar amenazaba con derribarlo. Los muchachos trabajaron mucho defendiendo el castillo del mar.

De pronto pasó un carro de bomberos con la sirena al aire. Los otros niños corrieron tras el carro a ver qué pasaba, pero Juanito estaba muy ocupado combatiendo los embates del mar para seguirlos. Ya el agua del mar rodeaba el castillo y se hacía por minutos más profunda conforme subía la marea.

Poco a poco, se fue derribando el castillo bajo los pies de Juanito y éste se dejó deslizar hasta el agua. Llevado por una ola, su caballito de mar se encontraba flotando fuera de su alcance y Juanito trató con todas sus fuerzas de llegar hasta él.

Cuando empezaba a asustarse, una ola amiga le llevó su caballito de mar hasta donde se encontraba. Juanito echó los brazos al cuello de su caballito de mar y se abrazó fuertemente sobre él. Entonces oyó que su caballito de mar susurraba:

> -*"No temas. Siéntate sobre mí y sujétate fuertemente. Te voy a llevar a visitar el reino de los caballitos de mar"*.

Al principio, se sintió Juanito nervioso, pero pronto comenzó a gozar el viaje raudo y tranquilo sobre las doradas aguas que iluminaba el sol poniente.

Después de mucho rato, llegaron a una gran caverna marina donde había muchos peces y plantas de muchas clases.

> -*"Aquí es donde viven los caballitos de mar y las sirenas"*, explicó la cabalgadura de Juanito. *"Las sirenas nos conducirán hasta donde está el Rey"*.

Conforme hablaba, algunas sirenas los iban conduciendo a través del agua azul hasta el palacio del rey. Cuando Juanito vio al rey, sintió que le embargaba el respeto y entonces hizo una reverencia. Pero el rey le habló en forma cariñosa y le preguntó cómo se llamaba y de dónde venía. A lo que Juanito respondió dando su nombre y diciendo que había venido de su castillo de arena que estaba en la orilla del mar. Conforme hablaba, se dio cuenta que el rey parecía estar muy triste, y como no le gustaba ver gente triste, Juanito preguntó la razón.

> -*"Estoy triste porque mi caballito de mar favorito fue hecho prisionero de la araña marina"*, dijo el rey moviendo tristemente la cabeza. *"Nadie lo puede libertar. La araña marina vive en la oscuridad y no teme a nada ni a nadie, excepto a la luz. Pero aquí no tenemos luz"*.

Juanito recordó su linterna submarina que traía en el cinturón.

> -*"Yo lo rescataré"*, dijo, e inmediatamente montó su caballito de mar.

Pasaron bosques de algas y rocas. Juanito y su montura se guiaron valientemente hacia adelante. Su camino los llevaba por partes más y más oscuras del mar. De repente, se encontraron con una enorme araña ante ellos.

Movió sus patotas hacia Juanito, pero éste, con gran presencia de ánimo, esperó a poder dirigir el haz de luz de su linterna directamente a los ojos de la enorme araña. Para protegerse sus ojos de la luz, el monstruo juntó todas sus patas, soltando así al caballito de mar que tenía prisionero. Juanito y su caballito siguieron rápidamente al libertado prisionero que nadaba raudo hacia el palacio del Rey.

El Rey se alegró muchísimo de volver a ver a su caballito marino favorito y le dio las gracias a Juanito por haberlo salvado.

-"A cambio de la ayuda prestada, te concederé un deseo", dijo el Rey. *"¿Cuál es tu mayor deseo?"*

Juanito meditó unos instantes y dijo:

-"Quisiera poder regresar a casa".

-"Tu deseo será cumplido", contestó el Rey. *"Viajarás en un rayo de luna".*

-"Pero a mí no me gusta la oscuridad... y tampoco la luz de la luna...", dijo Juanito nerviosamente.

El Rey lo tomó de la mano.

-"Cuando venciste a la araña, tú olvidaste de tu temor a la oscuridad. Ya nunca más te dará miedo".

Y era verdad. Durante el largo viaje de regreso al hogar en el rayo de la luna, con la oscuridad en su derredor, nunca sintió miedo. Al contrario, era muy agradable para Juanito ir montado en su caballito de mar en ese mundo quieto. Iba a casa, ... a casa, ...

Juanito se despertó. A su lado se encontraba su caballito de mar de hule; y ¡hoy era el día que iban a ir a la playa! Su linterna a prueba de agua se había rodado bajo la cama, pero ni se dio cuenta porque ya se había olvidado de tener miedo a la oscuridad.

PIENSO PARA MI BUEY

Isabel Wyatt

Un viejo labrador tenía dos hijos, Cross y Jeff. Cross ya era un hombre, pero Jeff todavía era un niño. Jeff tenía un pequeño buey rojo. Lo quería tanto como si fuera su hijo.
Y, en cierta manera, lo era, ya que el viejo agricultor había permitido a Jeff criarlo desde pequeño.
El viejo agricultor murió. Ahora la granja era de Cross

-"Cross", dijo Jeff, *"Necesito pienso para mi buey rojo".*

-"Entonces debes buscarlo", dijo Cross.

-"Yo no te puedo dar pienso".

Jeff dijo a su bueyecito rojo:

-"Debemos ir a buscar pienso para ti".

Y echó a andar a buscar pienso para su bueyecito rojo. El bueyecito rojo fue con él.

Al principio caminaron poco; después caminaron mucho. El camino los llevó, por fin, a una bella granja. Jeff entró al patio. Su bueyecito fue con él. Jeff vio caballerizas para diez yeguas, y las yeguas en sus caballerizas. Vio cobertizos para diez vacas, y las vacas en los cobertizos.

Vio zahurdas para diez cerdos, y los cerdos en las zahurdas.
Vio a un granero para diez carretas, y las carretas en el granero.
Cerca de la pared del granero, vio una gran carreta azul llena de pienso, fresco y dulce.
Estaban tan llena que el heno se desparramaba.
Era la clase de carreta cargada de heno con la que soñara el bueyecito rojo.
Cerca de ella estaba un anciano de pie. Era gordo y rojo como un petirrojo.

-"¿Qué es lo que buscas, joven agricultor?", dijo.
-"¿Buscas oro? ¿Buscas placer?"
-"No, mi buen señor", dijo Jeff.
-"Busco pienso para mi bueyecito rojo".
"Si puedes pasar una prueba que te haga", dijo el hombre petirrojo, *"podrás tener todo el pienso que necesites para el resto de tu vida".*
-"¿Qué te parece?"
-"Muy bien y mejor que bien, buen señor", dijo Jeff.

El hombre Petirrojo llevó a Jeff a un establo.
El bueyecito rojo fue con ellos.
El establo tenía grandes barras y barrotes.
En él se encontraban cinco potros.
Un potro tenía pezuñas negras.
Un potro tenía pezuñas blancas.
Un potro tenía pezuñas verdes.
Un potro tenía pezuñas doradas.
Un potro tenía pezuñas mojadas.

-"Te encerraré con ellos" dijo el hombre Petirrojo.
-"Si me puedes decir por qué tienen así las pezuñas, tanto los potros como la hermosa granja serán tuyas, además del pienso para tu bueyecito rojo. ¿Qué dices a eso?"
-"Muy bien y mejor que bien, buen señor", respondió Jeff.

Dejó que el Hombre Petirrojo lo encerrara con los potros. Se tendió en el heno a dormir.
El bueyecito rojo se echó con él.

-"Bueyecito rojo", dijo Jeff.
-"Entre tú y yo tenemos cuatro ojos. Dos ojos pueden dormir, y dos ojos vigilar a los potros".

Los dos ojos que durmieron fueron los de Jeff. El Bueyecito rojo mantuvo los suyos abiertos.
Jeff dormía, pero cuando sintió que el bueyecito rojo lo topeteaba suavemente, se levantó.
Vio a los cinco potros abrir las barras y barrotes.
Los vio salir de estampida, haciendo sonar los relucientes cascos, las crines al aire y la cola retozona.

Jeff los siguió y su bueyecito se fue con él.
Jeff vio a Pezuñas Negras meterse entre la tierra.
Vio a Pezuñas Mojadas meterse en el arroyo.
Vio a Pezuñas Verdes volar y corretear en la copa de los árboles.

Vio a Pezuñas Blancas volar y retozar en las nubes.
Vio a Pezuñas Doradas volar a atrapar las estrellas.
Los potros regresaron.
Corrieron a la carreta azul que tenía heno.
Acomodaron y apilaron más y más pienso que hasta parecía barras de oro en cañas.
Jeff se fue a buscar al hombre Petirrojo.
El bueyecito rojo fue con él.

Jeff dijo al hombre Petirrojo:

-"Las pezuñas negras del Pezuñas Negras lo están así por la tierra."
-"Las pezuñas mojadas del Pezuñas Mojadas lo están así por el arroyo."
-"Las pezuñas verdes del Pezuñas verdes lo están así por las copas de los árboles."
-"Las pezuñas blancas del Pezuñas Blancas lo están así por las nubes".
-"Las pezuñas doradas del Pezuñas Doradas lo están así por el polvo de las estrellas."
-"¿Qué le parece?"
-"Muy bien y mejor que bien," respondió el hombre Petirrojo.
-"Los potros y la hermosa granja son tuyos. Además del pienso para tu bueyecito rojo".

Y Jeff obtuvo los potros y la hermosa granja, además del pienso para su bueyecito rojo. Estaba tan contento como contento podía estar …y también lo estaba su bueyecito rojo.

EL HERMANO BUEY Y EL HERMANO ASNO

Isabel Wyatt

El buey y el asno dormían en un establo.
Todo el día, el hermano buey tenía que tirar una carreta para el amo, cargada de maíz o de forraje.
Tim era el hijo del amo.
El hermano asno era el consentido de Tim.
El hermano asno no tenía que trabajar. Todo el día retozaba y coceaba al sol.
Tim había nacido con buena estrella. Si nace uno con buena estrella, puede uno saber lo que dice un perro o un gato o un buey o un asno, pero tiene que ser cuando esa estrella brilla en el cielo.

Tim vio su buena estrella en el cielo cuando se fue a acostar. Se quedó viéndola.
El establo tenía techo de paja.
El viento había hecho un hoyo en el techo.
Tim vio que por el hoyo salía luz y de puntitas se fue al establo.
El amo había dejado una escalera contra la pared del establo para remendar el techo al día siguiente.
Subió la escalera con agilidad de culebra para asomarse por el hoyo del techo.
Vio que el amo había dejado una linterna encendida sostenida en la pared.
Vio al hermano buey y al hermano asno cada uno en su redil.

—*"Hermano asno* —dijo el hermano buey—, *¡qué suerte tienes! No tienes tareas ni labores que hacer. Tienes todo el día para retozar y cocear al sol. En cambio yo, tengo que tirar de una carreta de maíz o de heno todo el día"*.

—*"Hermano buey* —dijo el hermano asno—, *¿por qué lo haces? Cuando traten de ponerte entre las guías de la carreta, no te dejes. Debes patear, cocear, topar, revolverte y arrancar el pasto. Entonces tú tampoco tendrías que trabajar ni que laborar. Tendrías todo el día para jugar y retozar al sol"*.

—*"Lo intentaré, hermano asno"* —dijo el hermano buey.

Al día siguiente, el amo le dijo a Tim:

—*"Mantente alejado del hermano buey. Cuando fui a ponerle la carreta, se volvió loco"*.

—*"El hermano asno se lo aconsejó"* —dijo Tim. Y le contó al amo todo lo que habían hablado el hermano buey y el hermano asno.

—*"Vaya, vaya, vaya"* —dijo el amo—. *"¿Qué otra diablura hará el hermano asno?"*

El amo fue al establo. Puso al hermano asno a jalar la carreta. Todo el día, el hermano asno tuvo que tirar de ella, llena de maíz o de forraje. Todo el día, el hermano buey quedó en libertad de retozar al sol.

Tan pronto como salió la buena estrella de Tim en el cielo, se fue al establo de puntitas. Trepó la escalera con la agilidad de una serpiente para mirar por el agujero del techo.

—*"Hermano asno"* —dijo el hermano buey— *"¿Hice lo que me dijiste?"*

-*"¡Qué día más hermoso he tenido! Todo el día he estado libre para juguetear en el sol"*.

—*"Hermano buey"* —dijo el hermano asno—, *"te traigo muy malas noticias: dice el amo que si sigues siendo malo, te llevará al carnicero.*

—*"¿De veras?* —exclamó el hermano buey—. *"Entonces tiraré de la carreta. No quiero morir todavía"*.

Al día siguiente, cuando el amo fue a ponerlo a jalar la carreta, el hermano buey estaba manso y obediente.

—*"Tim"* —dijo el amo—, *"debemos encontrar trabajo para el hermano asno. Si no lo hacemos, nos hará otras jugarretas"*.

—*"Déjame ir al molino con el maíz que se tiene que moler"* —dijo Tim—. *"Puedo poner el maíz en dos costales para que lo pueda cargar el hermano asno. Esa será su tarea y su trabajo"*.

—*"Sí. Eso debes hacer"* —replicó el amo.

Así lo hizo Tim.

—*"Quisiera no haberle dicho al hermano buey que se portara mal"* —dijo el hermano asno— *"Ahora ya no tengo tiempo de retozar y cocear al sol"*.

Aportación de IdeasWaldorf